



Persecución.

Jesús Miguel Delgado del Águila

-Perú-



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Ahora que mi tiempo y mi destino son diferentes, no hago más que apreciar el presente. Tal vez, estoy confundido. No lo sé, pero creo que he alterado gran parte de mi vida. Miro a mi alrededor carros brillantes, semáforos estáticos, humos casi cercanos, perros hambrientos, gente alegre, plantas en extinción, figuras que articulo en mi interior, piletas, bancas, charcos sucios, agujeros. Todas estas imágenes se introducen en mi mente como si me estuviesen invadiendo y me impidieran encontrar una salida. Me desvinculo con rapidez de mis pensamientos. ¿Acaso veo algo allá? Tengo en frente una enorme iglesia a la cual no me he atrevido a ingresar, un templo católico llamado Nuestra Señora de las Victorias. Se ve muy hermoso desde donde estoy: dentro de un carro en desuso, despintado y sin reparaciones por descuido del propietario.

Llevo mucho tiempo aspirando el perfume de la tarde. He visto cómo el sol se ha ocultado en estos edificios del distrito limeño de La Victoria y ha desaparecido de la Plaza Manco Cápac, sin tener la certeza de que volveré a ver un anochecer igual a este, en las mismas condiciones. Es de noche. La movilización de la gente enciende esta oscuridad, y también lo hace conmigo. Me encuentro en tinieblas, asustado desde días remotos. Hace casi medio mes, mi vida ha cambiado totalmente. Por eso, corro el riesgo de desaparecer de este mundo, para conducirme a otro que ni siquiera conozco. “Veinte llamadas no contestadas”, sí, así figura en mi celular. Me imagino que estarán recurriendo a mí por lo que no he querido trabajar en mi puesto estresante de las galerías de ropa de Gamarra. Desde que he empezado a sentir que mi vida acabará, no he tenido contacto con el mundo... Tengo temor de salir de esta carcacha de



auto. Aunque sea aquí me siento un poco más seguro de que no me ocurrirá nada. Recuerdo que hace poco repetí las mismas escenas de ahora: quedarme viendo todo lo que sucede una tarde, una noche o una mañana. Ayer me pasé observando la labor de los mecánicos vendedores de autopartes, en la avenida México; anteayer, frente al Hospital EsSalud, en la avenida Grau... Instantes enteros donde mi juicio reposaba en la contemplación de hechos que uno a diario no observa con detención. Todo... ¡Todo ese maldito tiempo para qué! ¡Estoy agobiado! ¡No lo puedo negar! ¡Y no lo resisto! Todo desde que llegó este papel a mi poder. Desconozco quién me lo habrá enviado. No lo sé. Todo estaría mejor si no hubiera encontrado esto en mi carro, una amenaza escrita. Esta dice así: "...". ¡No! Prefiero ya no leerla otra vez. Quiero volver a disfrutar mi vida. Quiero seguir viviendo. ¡Quiero vivir! Entonces, ¿qué hago? ¿Huyo? Lo intentaré. No soporto seguir viviendo así. Por el contrario, no creo que halle nada favorable. Haga lo que haga yo ya estoy destinado a la perdición. Mi mal tiene que ser castigado. Aun así, escaparé. Trataré de irme a otro país.

El tiempo ha transcurrido con velocidad. Sin pensarlo, he recorrido toda mi localidad, lugar que me vio nacer. Hace como tres horas, estuve frente al templo católico pensando en mi porvenir, luego he gastado parte de mi gasolina para visitar todos los parques donde cuarenta años de mi existencia me he detenido a pasarla bien con alguna compañía. El Porvenir, Cánepa, San Germán, Cossio, Gutiérrez, Luna Peralta, Quince de Septiembre y otros más. Pasé una hora en la urbanización de Balconcillo, sentado en el gras, comiendo un par de tamales y tomando un vaso de chicha. Era impresionante ver cómo las personas sonreían en ese instante. ¿Pero de qué estarían alegres? No lo comprendo. ¿Qué las hace felices? Por más que procuro despejar mi mente en la naturaleza, entran a mi razón miles de artificios atacantes que me hacen recordar que puedo estar siendo perseguido en este momento, justo ahora. Tal vez, alguien me observa en ese balcón... Un sicario puede esperar a que me quede dormido para matarme. Me observan. Yo sé que sí. Ese carro... Ese carro lo he visto antes. Me sigue. Yo sé que me sigue. Esa lata de leche que está en la pista... ¿No será un micrófono o una cámara oculta? La destruiré por si las dudas... Ahora sí, ya no hay más preocupaciones... Espera, allá hay otra, y otra más, y más, y más... No puede ser, este lugar está



infestado de sospechas. Mejor me voy a otro sitio. Temo no poder regresar nunca más a La Victoria. De todas maneras, ya cuento con la remembranza de haber pertenecido a la única casta que me trajo vida y, tal vez, muerte.

Ya casi es medianoche. Me duele no tener a ni un ser viviente a mi lado. Mi esposa Lucrecia y mi hija Solange no están conmigo para ayudarme. Solo cuento con fragmentos de ellas que los llevo dentro de mí, restos que con el tiempo se degradarán y no tendrán ni un sentido. Cómo quisiera volver a vivir esa escena cuando conocí a mi mujer. Justo en ese templo que estuve mirando hoy. Allí la conocí. Ella contemplaba las imágenes religiosas de las paredes con mucho aprecio y yo simulaba que rezaba de rodillas en una de las bancas. No presté atención a la misa esa vez; ella creo que sí. Pero nuestras intenciones eran las mismas: buscar a ese alguien importante. “¿Cómo te llamas? ¿Qué haces por aquí? ¿Vienes a menudo a esta iglesia?”. Una serie de preguntas que me llevó a tomar su confianza y llevarla al altar después de catorce meses. Vivíamos tranquilos en una casa alquilada en la avenida Iquitos, hasta que un día mi mujer me esperó sentada en el lecho y me dijo con alegría: “Ricardo, vas a ser papá”. De allí, nació Solange. Esa responsabilidad me condujo a que tuviese un puesto más seguro en Gamarra. Allí confeccionaba ropa, vendía telas, hacía negocios, estafaba, coimeaba, robaba... Hasta que mi ambición creció tanto que tuve que buscar la manera de apoderarme del máximo dinero posible. Ese factor me alteró y... tal vez fue la causa de este estado demencial. Hice todo, todo lo posible para que mis gastos fuesen menos, hasta que encontré una fórmula para no seguir derrochando el dinero y... ¡Maldita sea! ¡Si no hice nada malo! Solo buscaba mi felicidad. ¿Acaso cada humano no busca la suya? Yo fui feliz, y lo soy. No sé por qué me buscan, si no hice nada malo. Hoy que pasaba por la avenida Grau, vi a un muchacho que vendía periódicos, pues me di con la sorpresa de que mi familia estuviese nombrada en uno de esos anuncios. Por un lado, la policía y, por otro, un escurridizo sicario que no dudará en acabar con mi existencia. Dos formas para terminar con este ser que eclosionó en la cuna de un ambiente seco, lleno de pistas amarillentas, con arena y humedad que alfombran las veredas, donde el tránsito de carros se somete a cada esquina, donde el humo asfixiante se adhiere a las ventanas, donde cada arbolito hallado muestra una esperanza de rejuvenecimiento espiritual, donde se oye cada vez más fuerte el sonido de la actividad lubricante de los eternos coches descompuestos, un lugar ajustado para mostrar lujos impertinentes, un ambiente donde se prefiere yacer en casa si es que uno no pertenece al mundo de la calle, un distrito, uno solo, un rinconcito



donde quisiera también morir si es que Dios me concede ese favor luego de haberle fallado. Ya se ha cumplido el máximo de tiempo indicado. Extrañaré levantarme temprano para respirar el aire fresco y dormido de La Victoria. Echaré de menos ver el inmenso cielo abierto que cambia de colores cuando más le apetece... El inmenso cielo. Nunca olvidaré las peleas callejeras que acontecían a unos cuantos metros de mi casa, tampoco borraré esas escenas nocturnas de asalto a mano armada. Yo nunca estuve implicado en esas actividades. Siempre fui solidario con mis vecinos, como ellos lo fueron conmigo. La gratitud, mi formación, mi postura y mi educación se las debo a ese lugar. Mi lado negativo, el cual no creo tener, se cultivó por mi ambición en el reino de otro mundo.

Mi visión se opaca. Empiezo a temblar. No soy el de antes. Ahora, todo está cambiando de colores: blanco, azul, verde, negro, rojo... Transmuta. Trato de ajustar mi vista. Procuero que sea con eficacia, pero no lo logro. Ni fuerzas tengo para levantar mi mano y frotarla por mis ojos. Solo puedo ver. Ya hace días que no dejo de adoptar esta postura. Parece que hoy será para siempre. Allá van esos malditos. Alcanzaron lo que querían. Ya estarán felices... Allá van: dos tipos montados en moto, vestidos de negro. Me dispararon... Ya lo hicieron. Justo a unos metros de llegar al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, en la avenida Faucett, fuera de mi terreno... Pierdo las fuerzas, ¿qué haré ahora? A lo lejos, se aproximan unos cuantos policías. No quisiera que me vean con el cargamento que llevo en los asientos traseros de mi auto, no quisiera. No me gustaría facilitarles la labor a esos señores. ¿Y el papel? ¿Dónde está el papel? De todas maneras, no podré sacarlo de mi pantalón, pues tengo el brazo dislocado, la cabeza llena de sangre, el pulmón destrozado y más de diez balas perforadas en mi complexión. ¿Así moriré, tirado en un charco de sangre? ¡No! Volveré a La Victoria. Allí está preparada mi tumba; pero ¿cómo? Me arrastro paulatinamente, cada vez con más lentitud, hasta que mi cuerpo no reacciona a lo que le ordeno. “Vamos. No ha pasado nada. Volveremos a casa, y allí moriremos”, nada más. Vomito sangre de mis labios. Mis ojos se cierran involuntariamente. Lanzo gemidos acelerados, hirientes y repugnantes. Mi ser ha muerto, aunque mi mente aún está lúcida... o eso creo. Todo ya ha oscurecido. No tengo visión de lo que suscita en mi exterior. No me siento, no me siento, no me...



—¿Estás seguro de que no sabes quién es este hombre?

—Ni idea, Carlos, ni idea. Los cadáveres magullados de la señora y la chica no me ayudan.

—Lee esto. Quizá te ayude a recordar el noticiero alarmante de estos últimos días.

—A ver. —El policía cogió un papel manchado de sangre, un poco arrugado y roto. En este, se revelaba lo siguiente: “Ricardo, no creas que te has librado de lo que has hecho. Te haré matar. Tienes tres días exactos para pensar en lo que hiciste. Cumplido el plazo, pasarás a la historia. Jamás debiste asesinar a Lucrecia, menos a su hija. No sabes todo lo que significó para mí. Estarás muerto de todos modos, y nadie sabrá quién lo hizo. Atte. Alguien que quiso a tu mujer en vida”. El policía dio un salto. Se le abrieron los ojos como si hubiese despertado de una pesadilla. Con rapidez, sacó su radiotransmisor y vociferó de alegría—: ¡Jefe, jefe! Ya encontramos al maniático que asesinó a su esposa y su hija. —Su compañero hizo un gesto de afirmación por la rápida intuición homicida de su compañero, mientras hacía unas pequeñas anotaciones de los tres cadáveres encontrados y buscados durante días: dos de ellos putrefactos y descompuestos en la parte trasera de un coche en desuso—. Carlos, ya tapa a ese muerto, que no me gusta cómo me mira.